

# El hombre sin Camisa

*A* rtesanía  
*del*  
libro digital

agosto 2021

Fomentamos la cultura del bit, y la  
volcamos a papel (átomos) siempre que el  
objeto merezca el esfuerzo.

*Bitaren kultura sustatzen dugu, eta paperean  
(atomoak) jaurtitzen dugu, obxetuak alegina merezi  
duen bakoitzean.*

*Fomentámo-la cultura do bit, e volcámo-la a papel  
(átomos) sempre que o obxecto mereza o esforzo.*

*Fomentem la cultura del bit, i l'aboquem a paper  
(àtoms) sempre que l'objecte mereixi l'esforç.*

*Nous encourageons la culture du bit et la rapportons  
sur papier (atomes) pourvu que l'objet en mérite  
l'effort.*

*We foster bit culture and convey it on paper (atoms)  
provided that the object deserves the effort.*

*a* rtesanía *de l* libro digital agosto 2021

© copyleft, de libre distribución citando procedencia.

# ***El hombre sin camisa***

*Aunque lo he visto atribuído a Tolstoi, y en algún sitio reclamado como cuento tradicional armenio, cuando a mí me lo contaron se localizaba en la antigua China, y en vez del zar era el emperador el que buscaba la camisa del hombre feliz, y no para él sino para una hija enferma.*

*En cualquier caso es claro que le pasa a ese cuento lo que a las coplas de la copla de Machado: hasta que las canta el pueblo, las coplas coplas no son, y cuando las canta el pueblo ya nadie sabe el autor.*

*La moraleja del cuento es evidente: las pertenencias lastran la calma mental. Aunque hay que resaltar que la inversa no es necesariamente cierta: no tener, no nos asegura la felicidad.*

*He tomado la versión (<https://www.orientacionandujar.es/wp-content/uploads/2014/07/CUENTO-INFANTIL-LA-CAMISA-DEL-HOMBRE-FELIZ.pdf>) del Instituto Latinoamericano de la Comunicación Educativa ILCE*

# *La camisa del hombre feliz*

En las lejanas tierras del norte, hace mucho tiempo, vivió un zar que enfermó gravemente. Reunió a los mejores médicos de todo el imperio, que le aplicaron todos los remedios que conocían y otros nuevos que inventaron sobre la marcha, pero lejos de mejorar, el estado del zar parecía cada vez peor.

Le hicieron tomar baños calientes y fríos, ingirió jarabes de eucalipto, menta y plantas exóticas traídas en caravanas de lejanos países. Le aplicaron ungüentos y bálsamos con los ingredientes más insólitos, pero la salud del zar no mejoraba. Tan desesperado estaba el hombre que prometió la mitad de lo que poseía a quien fuera capaz de curarle.

El anuncio se propagó rápidamente, pues las pertenencias del gobernante eran cuantiosas, y llegaron médicos, magos y curanderos de todas partes del globo para intentar devolver la salud al zar. Sin embargo fue un trovador quien pronunció:

—Yo sé el remedio: la única medicina para vuestros males, Señor. Sólo hay que buscar a un hombre feliz: vestir su camisa es la cura a vuestra enfermedad.

Partieron emisarios del zar hacia todos los confines de la tierra, pero encontrar a un hombre feliz no era

tarea fácil: aquel que tenía salud echaba en falta el dinero, quien lo poseía, carecía de amor, y quien lo tenía se quejaba de los hijos. Sin embargo, una tarde, los soldados del zar pasaron junto a una pequeña choza en la que un hombre descansaba sentado junto a la lumbre de la chimenea:

—¡Qué bella es la vida! Con el trabajo realizado, una salud de hierro y afectuosos amigos y familiares ¿qué más podría pedir?

Al enterarse en palacio de que, por fin, habían encontrado un hombre feliz, se extendió la alegría. El hijo mayor del zar ordenó inmediatamente:

—Traed prestamente la camisa de ese hombre. ¡Ofrecedle a cambio lo que pida!

En medio de una gran algarabía, comenzaron los preparativos para celebrar la inminente recuperación del gobernante. Grande era la impaciencia de la gente por ver volver a los emisarios con la camisa que curaría a su gobernante, mas, cuando por fin llegaron, traían las manos vacías:

—¿Dónde está la camisa del hombre feliz? ¡Es necesario que la vista mi padre!

—Señor -contestaron apenados los mensajeros-, el hombre feliz no tiene camisa.